

MARISA MOSTO

Universidad Católica Argentina

Argentina

marisamoto@gmail.com

**“Quien pierda su vida por mí,
la encontrará” (Mt 10, 39)**

A la memoria de Francisco Leocata (1944-2022)

Recibido 27 de febrero de 2023. Aceptado 10 de marzo de 2023.

Conocí a Francisco Leocata cuando cursaba cuarto año de la carrera de Filosofía en la UCA y el padre Francisco era profesor titular de Lectura y comentario de textos IV, una materia que venía a complementar la Historia de la Filosofía contemporánea. Su estilo mesurado, tímido, sencillo contrastaba con el volumen de erudición y los grandes horizontes del pensamiento filosófico que desplegaba frente a nosotros. Gabriel Marcel, Emmanuel Levinas, Nicolás Berdiaev fueron los autores que eligió para que estudiáramos con él ese año. Hoy puedo valorar la sabiduría y responsabilidad de esa elección, las que en ese momento en el que todo para uno era nuevo, era incapaz de percibir.

Autores de enorme peso para una reflexión filosófica que parte de la cuestión de la *libertad*, se abre a la *ética*, gravita hacia la *metafísica* y en última instancia también y con naturalidad, toca la *experiencia religiosa*.

Fue gracias al Padre Leocata que entré en contacto con filósofos rusos. Recuerdo que el libro seleccionado por él para nosotros de Berdiaev fue *Cinco meditaciones sobre la existencia* y me animó a trabajar sobre el problema del

tiempo. Toda una constelación especulativa de temas -los que he puesto en bastardilla- que me acompañan hasta el día de hoy.

No se trata de mi este escrito sino del Padre Leocata, pero creo que uno de los rasgos más valiosos de su personalidad era su capacidad de reconocimiento del otro, de sus intereses, su carácter y su gran habilidad para orientarlo en lecturas y alentarle a su crecimiento. Leocata fue un hábil educador; su vida significó un inmenso aporte a la vida de la Viña, la que era su vocación más profunda.

Años después escribí un texto en línea con esos temas con el cual me sentí plenamente identificada, al que titulé “La imagen y la mirada”; lo imprimé, lo anillé y se lo entregué al Padre Leocata. Al cabo de unas semanas recibo una carta escrita a máquina por él, en la que me hacía una devolución a partir de su lectura. Una carta extensa, meditada, en la que comentaba los principales nudos filosóficos del texto. Me aconsejaba continuar desarrollando mi estilo, me daba recomendaciones concisas de cómo seguir adelante en el ámbito académico sin perder el timbre de mi propia voz. Me facilitó un libro de Semion Frank para avanzar en el radio de cuestiones que estaba estudiando.

Así era Leocata entre nosotros. Atento, respetuoso, preciso, serio, austero en el trato, generoso. Indispensable.

Tuve el honor de acompañarlo como profesora adjunta durante varios años en la cátedra de Ética de la Carrera de Ciencias de la Educación.

Un día al comenzar el año académico, a la vuelta de las vacaciones intercambiamos saludos y le pregunté cómo había pasado su descanso. –“¡Muy bien! Tuve la maravillosa oportunidad de releer a Platón en griego” -me

dijo, con la misma alegría y simplicidad de quien afirma haber pasado una temporada de relax a orillas del mar.

Nuestros encuentros más prolongados se producían en las mesas de examen. Allí noté la centralidad que otorgaba a la cuestión de los valores. Era el tema del dictado de la materia que principalmente deseaba que quedara claro a sus alumnos. Se mortificaba profundamente cuando descuidaban su estudio. Por otra parte, si uno mira con atención, la reflexión sobre los valores representa una constante en el arco trazado entre sus primeros y últimos escritos.

Pero la cuestión de los valores le interesaba especialmente en relación con la consistencia metafísica del ser personal. Esta última fue la materia principal que tratamos con Leocata un grupo de unos 20 discípulos suyos de distintas generaciones que nos reunimos con él durante algún tiempo los sábados por la tarde en un salón de la casa donde residía en el edificio del colegio San Francisco de Sales de la calle Hipólito Irigoyen y Yapeyú, en el porteño barrio de Almagro.

¿Qué nos impulsaba a abandonar la tranquilidad doméstica del sábado por la tarde para atravesar la ciudad - algunos íbamos desde Beccar, otros desde Bellavista, Pilar o zona sur- para reunirnos alrededor de su figura serena y pausada? Y es que Leocata transmitía la solidez de un pensamiento que se anima a entablar un diálogo serio, fértil, convincente con la filosofía contemporánea en una cuestión esencial como es el valor y el peso del ser personal. Léase: el valor de la vida *de cada uno de nosotros*. El lenguaje que descubrió con entusiasmo para el encuentro entre la tradición de la filosofía cristiana de la que él procedía y el mundo contemporáneo fue el de la fenomenología, al que a

su vez amplió hacia una metafísica de la donación del *actus essendi* del ser personal. Se trataba de nosotros, de la experiencia del carácter de la propia existencia como don, del dinamismo de la vida en sus principales movimientos: la recepción y la entrega. El Padre Leocata actuaba ese dinamismo que encuentra en la cita evangélica que da título a esta memoria el sentido último de su verdad.

» «

A fines del año 2017 me honró con el pedido de que me hiciera cargo de la presentación del que iba a ser su último libro publicado en vida, *Situación y perspectivas de la filosofía moral actual*.¹ Había poco tiempo para preparar una presentación, la edición se había demorado y el Padre quería dar un cierre a su trabajo ese mismo año. De todos modos, acepté sin dudar. Leer un libro de Leocata es siempre iniciar un camino de rico aprendizaje. Compartir un tesoro. Uno no pudo dejar de admirarse de la infatigable capacidad de lectura del Padre Leocata, de su captación penetrante, de su iluminación de los temas, su habilidad para incorporar ideas nuevas en una síntesis personal que a la vez se mantiene apegada a las principales fuentes de su pensamiento y se reconoce deudora de la extensa tradición de la historia de la filosofía occidental, en la que se mueve con seguridad y maestría. Como un hábil sembrador recoge aquí y allá las semillas para una nueva siembra que anime

¹ Francisco Leocata, *Situación y perspectivas de la filosofía moral actual*, Buenos Aires, Editorial Don Bosco, 2017. A continuación, retomo algunas ideas que desarrollé en una reseña de ese libro que fue publicada por la Revista *Studium*, nro. 41 2018. Las he reformulado a los fines de la presente publicación.

y temple las posibilidades del hombre. Y es precisamente por eso que el pensamiento de Leocata con su profunda carga de sentido histórico, se erige siempre como respuesta a las inquietudes de la época. Leer las obras de Leocata es tomar contacto con corrientes vitales del pensamiento de la mano de un guía que nos revela las genuinas intenciones, los sentidos ocultos, que nos orienta y cuestiona. No podemos sino, sentirnos agradecidos. Nos abre puertas, alumbra el camino desde el origen, nos invita a pensar. ¿Cómo podría negarse uno a tener parte de algún modo de esa gran empresa? Imposible.

En el contenido de este libro me voy a detener unos momentos, puesto que en esa obra realiza un llamado especial a quienes nos dedicamos a la cultura a contribuir con él en una tarea que consideraba ineludible. Poner el acento en la necesidad de esa tarea me parece un buen modo de pasar la antorcha de sus ideas a quienes quieran sumarse a la gesta de Francisco Leocata.

Si bien el libro lleva por título *Situación y perspectivas de la filosofía moral*, me inclino a pensar que la intención de fondo que movilizaba a Leocata no es tanto un diagnóstico teórico cuanto su preocupación por el hombre concreto, formado en la cultura que *se encuentra en el aire* que respiramos actualmente. Intenta revelar las fuerzas a las que se encuentra sometido y que amenazan con amputarle dimensiones esenciales de su humanidad. Su reflexión está puesta *al servicio* de la vida.

El libro es un llamado a la persona a *despertar*. A repensar la importancia original de la ética. A tomar conciencia de que detrás de lo que parece ser un *necesario* e *inconmovible* espíritu de la época se oculta una

constelación de ideas, actitudes humanas, de ciertos modos de interpretar la vida que amenazan con destruirla.

La obra inicia con un *diagnóstico* que pone una lente de aumento sobre los elementos oscuros de nuestra cultura. Describe una situación de disolución generalizada. Disolución de la conciencia moral y de los fundamentos que la sostienen: la libertad, la persona, la apertura a la trascendencia que se evapora frente a lo que él llama una tenaz *voluntad de inmanencia*. Y por supuesto también una disolución del sentido de la ley y el deber, de la necesidad de jerarquizar, de la percepción de lo valioso en sí.

El espejo de la cultura nos devuelve la imagen de un ser humano fantasmal, que huye de la reflexión y se sumerge en una dimensión estética -en el sentido más superficial del término- de la vida, enfocado en la conquista de placeres efímeros, multiplicados y facilitados por la técnica y la oferta del mercado. Hedonismo *a la carta* al que le basta con descansar en el gozo del instante y que a la vez insiste en prolongar los instantes de vida lo mayor posible. Que pone gran parte de sus energías en el cuidado del cuerpo como un fetiche. Que se siente libre sólo en la expansión de los impulsos sin la mediación de la razón. Y que, por esto mismo, cae en una terrible trampa: la espontaneidad acrítica termina por tornarlo vulnerable a la manipulación, a la seducción; se ve envuelto en una red de fines económicos y políticos que en definitiva no ha elegido, porque ya no elige realmente nada. Fuerzas que lo atraviesan e hipertrofian su egoísmo y su capacidad de violencia solo mitigados de tanto en tanto por una espasmódica filantropía *light* que intenta sin demasiado éxito emparchar una realidad en la que los bolsones de injusticia y pobreza se dilatan.

Eliminar la reflexión moral o en el mejor de los casos relegarla a un pobre rincón de nuestra existencia conduce al abaratamiento y destrucción de la vida.

En este sentido el último libro de Francisco Leocata puede pensarse como una reformulación de la dramaticidad de alternativa bíblica: “Puse ante ti la vida y la muerte” (Dt 30,19). Y la reformulación la opera en la mirada sobre la ética. Hace falta desterrar la falsa creencia acerca de que la moral es opuesta a la vida.

¿De dónde procede esa creencia? ¿Cuáles son las causas histórico filosóficas que le dieron origen?

Nuestra época para Leocata, es en gran parte un punto de llegada de la *revolución cultural* que significó la Ilustración. La Ilustración y la *voluntad de inmanencia* - como él la llama- impulsada por ella ejercen hasta hoy una enorme influencia cultural, comparable a la que ejerció el cristianismo en siglos pasados. Destaca dentro de esa *voluntad de inmanencia* su predilección por la ciencia en oposición a la religión y la metafísica, su rechazo a la autoridad y los límites, su espíritu de rebeldía, que cristaliza en su vocación política, su defensa de la autonomía, de la libertad «de coacción» en variadas formas.

Leocata por otro lado, rescata con énfasis del pensamiento moderno la centralidad de la idea de sujeto. El «sujeto» ocupa en él un importante lugar protagónico. Pero el impulso de disolución se radicaliza cuando en la filosofía contemporánea se suma a la herencia ilustrada un proceso de socavamiento del sujeto. Contribuyen a esto: Martin Heidegger y la *french theory* –Michel Foucault, Jacques Derrida, Gilles Deleuze, Jean Baudrillard- la filosofía analítica, el fisicalismo, biologismo, etc. quienes lejos de liberarlo, corroen su consistencia y en ese gesto lo

esclavizan, lo vuelven funcional a los intereses de la producción y el consumo, vulnerable a la manipulación política. Han dado a luz un hombre movido por fuerzas que no controla, poco comprometido, que se deja arrastrar acriticamente por la oleada esteticista y lo paradójico de este punto de llegada es que aun así se *crea* libre.

Leocata sostiene que la situación cultural en la que vivimos tuvo sus profetas y señala a dos de ellos: *Søren Kierkegaard* quien insistió sobre el valor de la vida individual y la gravedad del libre albedrío, frente a la disolución del individuo en la totalidad y la necesidad del devenir que instalaba el idealismo. *Friedrich Nietzsche* quien, contra Kant, Platón y el cristianismo propuso dinamitar la ley, el bien, los valores, la ética, lo Sagrado. Alentó al ser humano a la cruzada épica del superhombre, pero el devenir de su legado promovió la violencia y alimentó las veleidades de seres mediocres, fofos, manejables, aburridos en el *crepúsculo del deber*, siempre a la caza de un instante de distensión para sus instintos liberados.

El diagnóstico de Leocata nos pone frente a la realidad de una *nueva barbarie* que se consolida en el horizonte de la neoilustración globalizada. Muy lejos ahora de la ansiada liberación de sus orígenes. Nos hemos enredado en la confusión. Hace falta gestar una *nueva paideia*. “La tierra no quiere ser amada como un dios de barro.”²

Hace falta devolver a la reflexión su poder de transfiguración, reconocer que la situación actual no es un designio del destino, no proviene de la necesidad sino del

² *Situación ...*, p. 25

pensamiento y la libertad. La filosofía, en particular la antropología, metafísica, ética intentan socorrer la *vida dañada*. Este es el trabajo que se propuso llevar a cabo Leocata desde una tradición de pensamiento a la que revitaliza. Y este es el trabajo que deberíamos continuar nosotros como herederos de su obra. Cada uno a su manera.

Los principales temas sobre los que gira su interesante propuesta de una *nueva paideia*, son: los valores, la persona, la corporeidad, la ley, la virtud, la filosofía del encuentro y la apertura a trascendencia. Nos referiremos muy brevemente a algunos de ellos.

» «

El ser humano es capaz de libertad de libre albedrío. De libertad «de» y «para». Capaz de plasmarse a sí mismo como afirma Pico della Mirandola en su conocida *Oratio hominis dignitate*.

Pero para entender la inmensa riqueza y el riesgo de la libertad hay que recuperar una reflexión amplia y responsable sobre el hombre. Tomarnos en serio nuestra capacidad de comprensión.

Leocata comienza por la cuestión de los valores y se reconoce deudor en este tema de una larga serie de autores: Antonio Rosmini, Charles Renouvier, el neokantismo, Max Scheler, Edmund Husserl, Nicolai Hartmann, Louis Lavelle.

Los valores son cualidades o propiedades presentes en las cosas mismas, que tienen la peculiaridad de despertar el interés vital de la persona ya sea para estimularla en alguna perfección, ya para darle un sentido de plenitud.³

³ Ibidem p. 98

Elegimos, afirma Leocata, más que entre el bien y el mal entre tipos de relaciones que proponen los valores en las que directa o indirectamente están comprometidas las personas.

La persona alberga una capacidad crítica, ideativa y puede ejercer una praxis elevadora, que la conduzca a la encarnación de los ideales propuestos por los valores: pasar del plano de la idealidad al de la realidad transfigurada.

La noción de bien y de la vida buena de la ética clásica es completada y vigorizada por su teoría de los valores pues supone una lectura en mayor medida *realista* de los resortes del dinamismo humano. La doctrina de los valores presenta a la existencia humana como esencialmente relacional. Permite superar esa falsa interpretación de un sustancialismo esclerosado, describe una realidad vital dinámica que posee una estructura estable, pero en desarrollo vinculante. Los valores, sostiene Leocata, son grados posibles de bien participados en la realidad misma.

La elección entre relaciones perfectivas se efectúa al amparo de la prudencia o de una hermenéutica de la acción, pues para actuar su libre albedrío la persona necesita orientarse. Hay en lo hondo de la naturaleza de la persona humana la exigencia de un ordenamiento propiamente objetivo como guía de una vida lograda. De allí su insistencia en la importancia de la dimensión racional del sujeto.

Una adecuada recepción de los valores se apoya entonces en el conocimiento de la persona y del orden del ser. La jerarquía de los valores se desprende de una noción de lo humano como una constelación corpóreo-anímico-espiritual. El orden de la persona es correlativo al orden de los valores (intelectuales, estéticos, morales, religiosos). La vida personal se despliega en los distintos niveles de sus

capacidades y la mayor o menor elevación de su deseo, tomado éste en su sentido profundo. “Encontramos una superioridad de las facultades morales sobre los meros impulsos instintivos.”⁴ *En sus capacidades más altas y en última instancia la persona descubre su responsabilidad para con la vida como su íntima vocación.* El cuidado de sí, de los otros y del mundo

La vida de la persona incluye entonces la realidad del orden y desde allí se fundamenta no sólo la jerarquía de los valores sino también necesidad de la ley. La correlación entre la persona y los valores le quita arbitrariedad y rigidez al tema de la ley. “[...] no hubiera podido darse lo que llamamos después de Kant un imperativo moral, si éste no hubiera estado preparado por una suerte de inclinación natural y en especial por el encuentro intersubjetivo, que une aspectos emocionales con ese sentido tan especial de saberse obligado *internamente* a seguir determinada conducta.”⁵ El sentido genuino de la ley consiste en el reconocimiento de nuestra responsabilidad de cara a la existencia. “Todos los mandamientos o leyes morales que a menudo tienen lingüísticamente la forma de prohibiciones son en el fondo modos intersubjetivos de defender valores: la vida, la concordia, la propiedad, el trabajo, la familia, la atención a los necesitados”⁶

La referencia a los valores, a su orden y objetividad, al sentido de la ley tiene su apoyatura en el dinamismo del ser personal. El punto de partida es la persona y su experiencia vital, su natural apertura a los otros y al mundo que la

⁴ Ibidem p. 199

⁵ Ibidem p. 237

⁶ Ibidem p. 239

interpelan desde numerosos ángulos y le piden una respuesta.

¿Qué agrega para Leocata el concepto de «persona» al moderno de «sujeto»? El concepto de persona es más amplio, apunta a un núcleo ontológico que va más allá de la instancia gnoseológica y autoreflexiva; hace referencia a la percepción y actuación de valores; a la conciencia del ser propio (horizonte interno) y del horizonte del mundo; alude a una vocación por el encuentro, a su apertura a la intersubjetividad.

Leocata reivindica también los importantes aportes a la noción de persona de las que él denomina *éticas del encuentro* que se desarrollan en oposición al monismo y el positivismo. Alude al pensamiento de Franz Rosenzweig, Martin Buber, Edmund Husserl, Emmanuel Levinas.

Más que una corriente de pensamiento ético la ética del encuentro intersubjetivo es un poderoso llamado de atención sobre la esencia misma de la vida moral, que en el fondo no es otra cosa que el crecimiento conjunto de la condición humana personal en mí y en otro.⁷

Hay una correspondencia profunda entre la afectividad que impregna los aspectos valorativos y la cumbre de la realización ética que es el amor concretizado en la aceptación y ayuda a la persona del prójimo pero que tiene como trasfondo ontológico el consentimiento al ser, o sea la devolución mediante la praxis al don de la vida y de la existencia.⁸

En este contexto la virtud consiste en el paso de la idealidad a la realidad, la encarnación del valor. La ética de las virtudes se enriquece con la teoría de los valores, el

⁷ Ibidem p. 200

⁸ Ibidem p. 168

hincapié en la intersubjetividad y la ética del encuentro. La razón columna fundamental de esta ética, se afirma en beneficio de la existencia. La persona, el valor, la virtud y ley moral se entienden en ese dinamismo que los entrelaza.

La moral no se opone a la vida, sino que orienta a la persona a favor de la vida y en contra de su terrible potencial de destrucción. El ser humano tiene necesidad de la ética “por la naturaleza misma de la vida elevada a conciencia de sí y de los otros”⁹

Una actitud ‘virtuosa’ frente a la vida es el modo más adecuado para su gozo y disfrute pues no hay felicidad posible sin una comunicación y donación a la persona del otro¹⁰

Las metamorfosis del vitalismo posnietzscheano no pueden superar los límites de un hedonismo, aunque fuere estética y eróticamente refinado. No pueden comprender adecuadamente el sentido del encuentro, del don y son susceptibles de caer en la violencia.¹¹

Finalmente, Leocata toma en cuenta la profunda intuición de Kant acerca de que el orden moral se abre a la trascendencia y esto es así por varios motivos.

En primer lugar, el carácter de creaturidad es fundamento de la creatividad, de la posibilidad de la plasmación de sí. Y en ese camino de realización reconocemos nuestros propios límites: como hombres y como determinados hombres. Límites que nos impulsan a mirar más allá de nosotros mismos en una apertura a lo religioso, hacia la Redención y la Gracia. Contraria a esto:

La voluntad de inmanencia en el sentido de una negación dogmática de un «más allá» conduce por uno u otro camino, a la pérdida de la dignidad humana en la teoría y en la práctica

⁹ Ibidem p. 215

¹⁰ Ibidem p. 215

¹¹ Ibidem p. 221

y la hermandad e igualdad que predica se ve frustrada casi siempre por nuevos sistemas de opresión.¹²

Hay, sin embargo, en la cultura actual algo que consterna en relación con esta salida a la trascendencia: “supuesto que ya no es posible pensar en un mundo totalmente religioso, puesto que la secularización ha dejado para el porvenir una marca tan relevante como el paso del cristianismo al principio de nuestra era.”¹³ Asistimos actualmente a una situación de fragmentación tal que hace difícil reestablecer una nueva *paideia* griega o cristiana.

Pero podemos contribuir a una conversión intelectual que prepare la conversión moral. El ser humano necesita de una nueva *paideia* que lo oriente en el mundo. Sigue siendo como un arquero que tiene un blanco. El esfuerzo de esta obra se encamina en esta dirección.

Quien lea a Francisco Leocata, y especialmente éste último libro suyo aprenderá muchas cosas sobre la historia de la filosofía, sobre la ética, sobre los falsos y los genuinos anhelos del corazón humano, pero sobre todo aprenderá algo sobre sí mismo y se sentirá interpelado a ocupar un papel en esta historia. Responder a esa interpelación es el mejor homenaje que podríamos hacerle. El único que podría aspirar a estar en algo a la altura del trabajo de su vida.

Ω

¹² Ibidem p. 250

¹³ Ibidem p. 252